

Y CONMIGO TERMINÓ LA TRADICIÓN.

Un grito nos despertó de la siesta. Ambos salimos a ver qué pasaba, mi padre con una escopeta. Mi madre estaba dentro del gallinero con la puerta abierta y algo asustada. Mi padre y yo nos acercamos más para entrar y vimos a la mitad de las gallinas muertas.

—¡Ese zorro! —exclamó mi padre.

Él y yo salimos del gallinero y vi como tiraba el arma al pasto.

Todo empezó cuando el abuelo era dueño de la parcela y el zorro venía a matar a sus gallinas. Yo nunca lo había visto, aunque siempre volvía porque mi padre no arreglaba el candado.

Cuando él se fue a trabajar, me senté a un lado del gallinero y me quedé observando un ramo de azucenas cerca de los árboles. Tenían forma como de miles de trompetas juntas, y blancas. Me acerqué tanto que mis cabellos negros solo me dejaban ver la mitad de las flores.

Una vez que mi abuelo murió, mi padre siempre perseguía al zorro e intentaba transmitirme el odio.

Mientras estaba observando las flores, escuché un disparo y cuando me voltee vi a mi padre acercándose a un ave. Era un zorzal, lo había visto en algunos libros de mi madre. Tomó el pájaro, me sonrió y se fue.

Me acuerdo cuando era muy pequeño y él me enseñó a usar su arma para luego matar a mi primera ave.

—¿Quieres hacerlo de nuevo? —Me miró con esos ojos verdes que heredé.

Quedé perplejo, de los libros de mi madre había montones de páginas dedicadas a esa ave que ahora se encontraba muerta.

—¿Y qué hacemos con esto? —repliqué.

Mi padre se paró frente al zorzal.

—Nada.

Ese fue el último recuerdo que tuve de mi padre antes de que falleciera. Lo único que hice antes de que lo sepultaran, fue poner entre sus manos unas azucenas de las que yo tanto había observado.

Después el zorro vino por la noche, yo me había levantado a asegurar el gallinero. Ahora que lo tenía frente a mí, lo reconocí de algunas páginas de esos libros. Era el Zorro Culpeo. Nos miramos un momento y luego yo tomé la escopeta de mi padre. No disparé porque fue como si ambos nos entendiéramos. Desapareció como una mancha roja entre las azucenas.

No podía ser yo quien manchara el pasto con sangre y contribuyera una vez más a la adicción humana de dañar siempre lo más bello sin razón y arrebatarlo lo que nos caracteriza. Por eso no disparé y solo arreglé el candado. Aunque mi padre siempre veía problemas, solo buscaba razones para matar al zorro.

Maite Muñoz

Iero Medio Nelson Mandela.